

# Negociar lo no-negociable.

## Una interpretación de la narratividad de la violencia<sup>1</sup>

---

JULIA SUÁREZ KRABBE

### INTRODUCCIÓN

En un reciente viaje a Dinamarca una cosa en especial llamó mi atención. La gente comentaba las amenazas del terrorismo, y expresaba sus miedos e inseguridades en términos muy parecidos a los que se escuchan en Colombia. En el corto período de tiempo que estuve allí noté, adicionalmente, cómo los medios de comunicación ahora discutían temas acerca de la inseguridad, el miedo, el terrorismo, y de qué hacer al respecto. Con los atentados del 11 de marzo en Madrid, la participación previa de Dinamarca en el ataque estadounidense a Irak y su apoyo permanente a la intervención extranjera en ese país, la gente ahora experimentaba directamente las inquietudes de vivir bajo las amenazas del terrorismo. Unos hablaban de los terroristas –entiéndase aquí musulmanes– en términos de “malos”, “subdesarrollados”, “culturas primitivas con síndrome hitleriano” o “violentos por naturaleza”, mientras otros manejaban la nueva amenaza mediante razonamientos que invocaban frases como “la vida es riesgosa”, “uno no puede vivir con miedo constante”, o “igual los riesgos de ser atropellado por un carro son más grandes [que ser víctima de un ataque terrorista en Dinamarca]”.

Tras haber concluido un extenso trabajo de investigación acerca de las políticas de la narratividad de la violencia en Colombia, me encontraba especialmente sensible a estas narrativas que ahora encontraba en versiones similares en un país difícilmente comparable con Colombia. Esto dio lugar a nuevas reflexiones acerca de las conclusiones presentadas en dicho trabajo de investigación. En este artículo me propongo exponer estas reflexiones que, si bien se basan en un estudio exhaustivo del tema colombiano, parecen tener cierta validez para el ser humano en cuanto tal cuando éste es confrontado con miedos, amenazas, agresiones y otras clases de violencia.

<sup>1</sup> Este artículo se basa principalmente en los resultados de una investigación acerca de la narratividad de la violencia social y política en Colombia (Suárez Krabbe, 2004), desarrollada entre 2000 y 2003, y presentada a principios de 2004 como tesis de maestría a la Universidad de Copenhague.

En términos específicos, el eje central de este texto se encuentra en los usos retóricos de los valores morales y éticos que rodean nuestras nociones de violencia desde una perspectiva que toma como su enfoque principal las tensiones de carácter político y retórico que han de ser encontradas, tanto entre diferentes narrativas como dentro de las mismas. Mi acercamiento al tema es fenomenológico-existencial y busca contribuir a una comprensión acerca de los tires-y-aflojes existenciales con los que los seres humanos luchamos en nuestras vidas cotidianas. El objetivo no es proporcionar una explicación objetiva de lo que es. Más bien, la meta principal es comprender las múltiples maneras en las que se experimenta la violencia y se pone en sentido narrativo, tomando en cuenta que este intento está sujeto a cambios constantes, y se encuentra intrínsecamente ligado a los contextos y experiencias específicas de cada persona. Obviamente, lo anterior también se aplica a este artículo: es un acercamiento al tema desde una perspectiva que es coherente con mi punto de vista personal.

Antes de entrar a reflexionar sobre las políticas de la narratividad en el contexto de la violencia, considero esencial efectuar algunas precisiones teóricas y conceptuales con el fin de buscar la mayor transparencia y claridad en lo que se refiere a mi enfoque particular y a las políticas que sustentan esta narración. Es así como las siguientes dos secciones, “Violencia” y “Narratividad y seguridad ontológica”, se centran en esbozar qué entiendo por cada uno de estos conceptos y señalar algunas de las relaciones específicas entre ellos, centrales para este artículo. En la tercera sección argumento, con base en las secciones anteriores, por qué es posible hablar de ‘políticas’ de la narratividad. Estas tres secciones conforman la parte teórico-conceptual y me permiten, en las secciones siguientes, centrarme en las reflexiones acerca del tema anteriormente presentado, tomando algunos ejemplos de la narratividad oficial y no oficial en Colombia y Dinamarca.

## VIOLENCIA

Cuando algunas personas hablaban en Dinamarca de los actores detrás de las bombas en Madrid en términos de ‘malos’, ‘subdesarrollados’, ‘culturas primitivas con síndrome hitleriano’ o ‘esencialmente violentos’, se estaban refiriendo a ellos en los mismos términos que muchos, incluidos los medios masivos de comunicación, utilizan en Colombia al hablar de los ‘otros’ difusos que constituyen el imaginario de ‘los violentos’. Aquí, la violencia frecuentemente se define en términos coherentes con estándares morales y éticos predominantes, de acuerdo con los cuales es ‘inhumana’. Así, la violencia es, entre otras, ‘bárbara’, ‘irracional’ y ‘patológica’. No obstante, si dejamos esto de lado y nos centramos en la experiencia vivida, encontramos que todas las personas estamos tan involucradas en actos de violencia, como en actos de afecto y



amor (Jackson, 1998). La violencia está ligada a relaciones interpersonales concretas, no es un mal que toma posesión de ciertas personas, que luego pueden ser tildadas de ‘violentas’.

Vale la pena subrayar que las relaciones entre seres humanos nunca son, simplemente, buenas o malas, positivas o negativas. Cubren un amplio espectro de combinaciones determinadas por un sinnúmero de fenómenos que incluyen el odio, la antipatía, la simpatía, la empatía y la violencia. Esto indica que la violencia es humana y que, como consecuencia, ser humano es –de acuerdo con los valores éticos y morales predominantes– ser imperfecto (Herzfeld, 1987: 32).

Por violencia entiendo, entonces, no sólo acciones físicamente perjudiciales: mi comprensión incluye cualquier acción o conducta física o psicológicamente perjudicial que reduzca a un individuo o grupo a un no-humano (Jackson, 2002: 41-45). Así, entiendo la violencia como cualquier acción que, por el o la violentada, es experimentada como una reducción y/ o violación de lo que él o ella consideran como indispensable para su integridad como seres humanos. Lo anterior implica tomar en cuenta que los seres humanos no somos sujetos distintos con un ego como núcleo o esencia. Somos seres sociales. Es decir, nos constituimos en seres humanos en la medida en que nos encontramos, interactuamos y nos relacionamos con otros en la vida cotidiana (Jackson, 1995: 117). Aprendemos en nuestras relaciones con otros y experimentamos a través de las acciones de otros porque nos conciernen directamente y porque vemos acciones conducidas hacia otros (Arendt, 1998 [1958]). Nuestro yo se constituye en la medida en que tenemos a otros con quienes identificarnos o de quienes alejarnos, pero el ser ‘yo’ no es una condición estática. Es algo que formamos, negociamos y reformamos en un intercambio permanente con otros.

### NARRATIVIDAD Y SEGURIDAD ONTOLÓGICA

Entender la violencia en términos de experiencia vivida implica, como lo he mencionado, tomar en cuenta lo que el o la violentada considera como indispensable para su integridad como ser humano. Esta integridad, a su vez, frecuentemente implica seguridad ontológica<sup>2</sup>. Mi comprensión de lo que es la seguridad ontológica se encuentra intrínsecamente ligada a la narratividad<sup>3</sup>; es alcanzada en la medida en que uno logra poner el mundo en un orden narrativo coherente. Este orden narrativo no solamente debe ser coherente en términos de establecer un antes, un ahora y un después, de establecer causas y consecuencias. También debe lograr una coherencia conmensurable con las maneras en las cuales nos vemos obligados a –o elegimos– acercarnos al mundo, a nosotros mismos y a los demás; es imperativa en cómo llenamos de sentido nuestras acciones y las acciones de otros. Adicionalmente, en muchas ocasiones, esta

<sup>2</sup> Mi uso del término ‘seguridad ontológica’ se inspira especialmente en los trabajos del psiquiatra inglés, R. D. Laing (1964) y del antropólogo neocelandés, Michael Jackson (especialmente 1998).

<sup>3</sup> Considero los términos ‘narrativa’ e ‘historia’ como sinónimos que denominan prácticamente cualquier clase de expresión socialmente intencionada. Consecuentemente, el chisme, el rumor, el mito, el chiste, la mentira así como la verdad, la Historia, las noticias y la ciencia pueden ser incluidas en esta categoría en cuanto a que todas cuentan una historia acerca de algo y buscan alcanzar algo (Rørbye, 2002: 150).

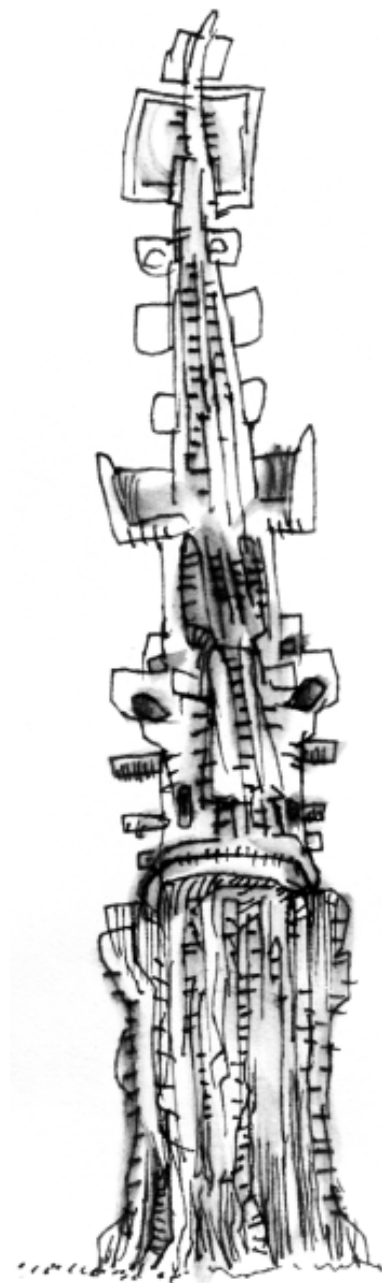
coherencia narrativa no debe alejarse demasiado de aquello que es visto como lo 'normal' en la sociedad. De esta manera 'violencia', 'ser humano' y 'seguridad ontológica' son fenómenos sociales que se encuentran en interacción dinámica constante, y que están intensamente ligados al tiempo, espacio y lugar.

He insinuado que la narratividad juega un papel importante en el contexto de los tres fenómenos anteriormente mencionados. Esto porque responde por una parte significativa de la conducta humana en términos sociales, culturales y psicológicos. A través de narrativas "aprendemos las creencias, valores y normas de nuestra cultura [...], respondemos a ciertas situaciones contando historias, nos entretenemos mutuamente con historias y usamos la narración para darle voz a nuestros miedos, esperanzas, frustraciones y deleites" (Tangherlini, 1998, mi traducción). Mediante nuestras historias actuamos y jugamos roles, criticamos y aplaudimos, experimentamos, re-experimentamos y cambiamos la experiencia (*ibid.*). Las historias cumplen fines de naturaleza retórica, política y moral y, en consecuencia, no cuentan 'la verdad objetiva' (Dégh, 1994). El contexto de las narraciones tiene una extensa influencia en las mismas historias. Además, nuestra experiencia está profundamente influenciada por nuestras historias y por las maneras en las que son acogidas o rechazadas por otros. Las historias están ligadas a nuestros interlocutores, sean estos intencionados, imaginados o reales, a las relaciones entre los interlocutores y los narradores y al mismo tiempo, al espacio y al lugar (Tangherlini, 1998).

Narrar es una manera de contender la 'realidad' y, por lo mismo, es un acto político. En nuestras interpretaciones cotidianas de la realidad y la verdad no sólo incluimos y excluimos información; usamos las representaciones de la 'realidad' para cubrir intereses específicos (*ibid.*; Arendt, 1998 [1958]). Las historias que contamos acerca del mundo y de nuestras vidas están profundamente inmersas en las maneras en las que vemos y experimentamos el mundo y nuestro entorno. A través de la narratividad organizamos la experiencia de manera manejable, creamos coherencia: siempre con algún(os) fin(es) en la mira.

#### VIOLENCIA, NARRATIVIDAD Y SEGURIDAD ONTOLÓGICA

La violencia puede ser legítima o no dependiendo del acercamiento narrativo que usemos para darle sentido. Ser humano sólo es posible a través de la interacción, y la interacción implica narratividad. Además, la seguridad ontológica sólo se alcanza—o se mantiene—en la medida en que logramos ordenar el mundo y las acciones conducidas por y hacia nosotros de una manera que no choque con nuestras percepciones de nosotros mismos, nuestros intereses y con lo que otros consideran como lo aceptable. Hablar de violencia tiene varias implicaciones inmediatas que posibilitan hablar de po-



líticas y retóricas de la narratividad sobre la violencia. Separo estas implicaciones una de la otra con el fin de presentarlas; sin embargo, es primordial recordar el carácter interrelacional y dinámico de las mismas.

Primero, hablar de violencia implica hablar acerca de nuestros valores morales y éticos ‘universales’. Estos son valores que se encuentran tan arraigados en nuestras vidas que, en la mayoría de los casos, son invocados como si efectivamente fueran empíricamente universales. En el contexto del análisis de la narratividad es importante tomarlos en cuenta ya que delimitan el mundo en marcos específicos dentro de los cuales debemos interpretarlo. A través de dichos valores contrabalanceamos la realidad y los otros. En el contexto de la violencia, nuestros valores ‘universales’ morales y éticos son significativos ya que tienen que ver con la legitimidad –o falta de la misma– de nuestras acciones violentas. Asimismo, en una situación de guerra es característico que la importancia y legitimidad que nos atribuimos a nosotros mismos en términos morales y éticos es retada por nuestro enemigo. Por esto se habla de guerras ideológicas.

En segundo lugar, en cuanto primordialmente experimental y subjetiva, la violencia no puede ser separada de nuestras experiencias vividas y, con ellas, de la seguridad ontológica de cada una de las personas involucradas –algunas más directamente que otras– en una situación de violencia, sea ésta específica o generalizada.

En tercer lugar, tanto lo que tildamos o experimentamos como violencia, como a quienes tildamos o experimentamos como violentos, violadores o víctimas, es algo que está sujeto a nuestra epistemología y a las maneras en las que nos acercamos al otro en relaciones interpersonales. Volvemos, entonces, a la tensión anteriormente mencionada entre la violencia como inhumana, y la violencia como humana. Cuando algunas personas en Colombia se extrañan del porqué los colombianos “somos tan violentos”, al mismo tiempo que hablan de ‘los violentos’ como la causa y definición de los problemas del país, están usando la realidad retóricamente con el fin de preservar o alcanzar un sentimiento de seguridad ontológica que les permita lidiar con la violencia y conservarse a sí mismos como seres humanos a pesar de ella. Simultáneamente, están subvirtiendo las prescripciones de la moral y la ética en una dinámica en la que luchan en contra de ser definidos por otros, simbólica y/o físicamente.



#### LA NO-NEGOCIABILIDAD DEL SIGNIFICADO

Durante mi corta estadía en Dinamarca tuve una charla muy interesante con un conocido. Me preguntó cómo es eso de vivir en Colombia y, al pedirle especificaciones sobre su pregunta, respondió:

Es que como uno escucha que es un país tan peligroso y violento, con las drogas y todo... Y luego te veo aquí totalmente normal y sana y me parece interesante eso. Porque uno se imagina que la gente vive asustadísima...

Tomando en cuenta el trabajo de investigación anteriormente mencionado, en el que una de las conclusiones es que ser víctima es un estado relativo y tiene que ver más con cómo tildamos al otro que con cómo nos auto-representamos, le contesté que obviamente el miedo es un elemento significativo del hecho de vivir en Colombia, pero que uno vive con él y a pesar de él. Sucumbir al miedo tiene, como su efecto más extremo, una pacificación –petrificación–, un no actuar, un victimaje<sup>4</sup> que, sostuve y sostengo, pocos colombianos permiten que defina sus vidas a nivel existencial.

Efectivamente, una de las cosas que encontré en el transcurso de la investigación es que, en la narratividad alrededor de la violencia, uno de los tires-y-aflojes más comunes tanto en las narrativas oficiales como en las narrativas no-oficiales<sup>5</sup>, es el que tiene que ver con la no-negociabilidad del significado de lo que es un Estado con características totalitarias.

Soy consciente de que, en términos estrictos, un Estado totalitario es aquel en el que no hay independencia alguna entre las diferentes ramas del poder (judicial, ejecutiva, legislativa, etc.). En el contexto colombiano se habla más que todo de un Estado autoritario. Prefiero, sin embargo, hablar del Estado colombiano en términos de totalitarismo en dos sentidos. En primer lugar está la no-negociabilidad del significado, tema que trataré a lo largo de este artículo. En segundo lugar está la noción del “enemigo objetivo” (Arendt, 1982 [1951]). La identidad del enemigo objetivo cambia de acuerdo con las circunstancias, así que tan pronto una categoría ha sido exterminada, se le declara la guerra a otra categoría que corresponde a la situación ‘factual’ descrita por un régimen dado. En la historia de Colombia –paralelamente a la de la política exterior de los Estados Unidos– el enemigo ha sido el comunista, el insurgente, el narco-guerrillero, el terrorista o el narco-terrorista, dependiendo de la época y el contexto en el cual se busca legitimar socialmente la persecución de ciertos grupos (Cf. Giraldo, 1996). Es de especial preocupación el hecho de que el enemigo objetivo siempre es una minoría manejable, de tal manera que su definición es dinámica, garantizando, de esta manera, la perpetua existencia de un enemigo a quien combatir (Chu, 1997: 75).

Recordemos el famoso discurso de Álvaro Uribe Vélez del 10 de septiembre de 2003 en el cual hace referencia no a “organizaciones respetables de derechos humanos”, ni a aquellos a los que se refiere como “teóricos, de quienes discrepo, pero a quienes respeto”, sino a “escritores y politiqueros que finalmente le sirven al terrorismo y que se escudan cobardemente en la bandera de los derechos humanos” y “sacan libros en Europa sobre rumores y calumnias”. Esto ilustra, primero, lo riesgoso que

<sup>4</sup> Utilizo esta modalidad de la palabra ‘victimización’ para referirme a nuestras relaciones narradas en las cuales podemos elegir poner énfasis en aquellos aspectos de nuestras vidas en los que somos o nos convertimos en víctimas, o en los que podemos tratar de trascender la victimización. Victimaje no es lo mismo que victimización, ya que esta última tiene que ver con la parte de nuestras relaciones violentas en la cual somos convertidos en víctimas por otro. Victimaje implica acción (Suárez Krabbe, 2004: 62, 83-93).

<sup>5</sup> Con narrativas oficiales me refiero a aquellas narrativas presentadas por los medios masivos de comunicación pero que también están, algunas más que otras, ligadas a otras esferas oficiales como por ejemplo la realidad política, militar o académica. Como narrativas no-oficiales entiendo aquellas que surgen de la experiencia vivida personal.

La división entre oficial y no-oficial es una división teórica. En la práctica, estas esferas están intrínsecamente ligadas en cuanto a que la una siempre está siendo determinada en términos de lo que la otra es o permite (Arendt, 1998 [1958]: 50).

puede ser, entre otros, defender los derechos humanos en Colombia y, segundo, ilustra la manera como se constituye el “enemigo objetivo” anteriormente mencionado.

En la narratividad oficial colombiana, los malos son malos, “los buenos somos más” y la violencia es aquella que ‘los narco-terroristas’ ejercen a través de cobardes acciones y amenazas en contra de los que “sacamos el país pa’lante”. Y es cuando el estado de cosas se pone en estos términos, que es posible llegar a conclusiones tales como la siguiente:

Que la política de seguridad democrática ha permitido que el Estado retome el *control* de territorio es un *hecho*. La mejoría es *visible*, es de *fondo* y es *irreversible* en algunos puntos. Un gran logro es que hay una estrategia de seguridad *concreta*, con *metas precisas e indicadores* para *medirla*. Los avances contra las Farc ya no se sopesan según las bajas de guerrilleros, ni tampoco en el monto de la inversión o el aumento en el número de soldados. La seguridad de los ciudadanos se *mide* hoy con *cifras concretas*: si hay *más* o *menos* homicidios, secuestros o ataques a pueblos. Y en eso los *resultados* son *contundentes* (revista *Semana*, 28 de mayo de 2004, cursivas mías).

De acuerdo con *Semana*, las anteriores afirmaciones son hechos incuestionables. Sin embargo, la debilidad del texto está precisamente en el ímpetu con el cual intenta demostrar la no-negociabilidad de las políticas de seguridad democrática del gobierno. En un párrafo de 109 palabras, 17 de ellas hacen referencia directa a esta no-negociabilidad (véanse palabras enfatizadas). Si luego de esta redundancia hubiese duda alguna, el texto hace referencia a un recuadro con cifras que corroboran la información.

Cuando anteriormente me referí a la narratividad, y en una nota de pie de página aclaré que como narrativa entiendo cualquier clase de expresión socialmente intencionada, esto necesariamente incluye las cifras. Es cierto que ciertas cifras tienen un carácter no-cuestionable: si hay dos lápices para diez estudiantes, dos lápices es lo que hay para los diez estudiantes. El carácter controvertible de las cifras se constituye, entre otros, cuando éstas hacen referencia a asuntos que tienen que ver con la experiencia vivida, no con lo que es. ‘La seguridad’, concepto primordialmente vivencial, se mide, de acuerdo con esta cita, en números de secuestros, de homicidios o de ataques a pueblos. Obviamente, el significado de ‘secuestro’, de ‘homicidio’ y de ‘ataques a pueblos’ no es negociable. En el caso de significar secuestros, homicidios y ataques a pueblos por parte de las fuerzas de seguridad estatales, no se haría referencia a estos fenómenos como “cifras concretas de medición”, ya que el efecto retórico sería contraproducente.

Al leer un texto en los medios de comunicación colombianos, todos sabemos a qué se hace referencia cuando se habla de secuestro, homicidio y ataques a pueblos: a la guerrilla (especialmente las Farc) y, si funciona dentro de la retórica, a los paramilitares. Estemos o no de acuerdo, no hay razón para que un medio como *Semana* deba aclararlo. Más bien, como lo he inferido, hay razones de peso para no aclararlo. He aquí, entonces, un ejemplo claro de la no-negociabilidad del significado. A pesar de esto, no cabe duda de que el significado, en Colombia, es negociado, subvertido y renegociado en todos los ámbitos a través de la narratividad y de los usos retóricos de los significados ‘fijos’, o no-negociables.

### NARRAR LA VIOLENCIA

Ulrik, mi conocido en Dinamarca, y quien me hizo la pregunta acerca de cómo es vivir en Colombia, relacionó mi respuesta acerca de vivir con y a pesar del miedo con su propia vida. Dijo que entendía, que era como si él se quedara en la casa paralizado sin salir ni hacer nada sólo porque tal vez pudiera ocurrir un ataque terrorista. Igual, él no podía saber si el ataque iba a ocurrir cerca de su casa, o al tomar el tren en la Estación Central de Copenhague, o en cualquier otra parte. O nunca. Ponerse a buscar una vida segura en esos términos, me explicó, significaría dejar de vivir su vida, dejarlo todo y sucumbir al miedo. Le pregunté qué pasaría, qué sentiría, de ser amenazado en su cara tras de ser aniquilados sus seres más queridos.

Me iría al infierno, y ya estando ahí, no me importaría. O tal vez les haría lo mismo. O tal vez simplemente me iría en busca de una vida mejor, lejos... Tocaría estar ahí [en la situación] para saberlo.

La respuesta de Ulrik invoca tres formas de actuar: el no-actuar, el devolver y el buscar. La metáfora de irse al infierno es, para él, perderlo todo hasta tal punto que ya las cosas sean indiferentes. En el infierno están las drogas, está el licor, está la mala vida. Están la pérdida de control, la fuga de la realidad dentro de la misma realidad, en el mismo lugar. La segunda posibilidad que invoca es la venganza. Es la de devolver, la de quitar lo que se le ha quitado, el ojo por ojo. En la tercera posibilidad está, al igual que en la primera, la fuga, pero aquella es una fuga activa, un desplazamiento, un cambio de lugar en *busca de*, no como resignación a, como lo era en la primera.

Sabemos que vivir la violencia en Colombia conduce a reacciones muy cercanas a las que menciona Ulrik. Sabemos, además, que la recuperación personal y la reintegración social en situaciones de extrema violencia es un proceso arduo, difícil y permanente. Parte significativa de este proceso de recuperación reside en la narratividad: en contar lo vivido para, de esta manera, salir del aislamiento existencial que conlleva





vivir el dolor extremo (Daniel, 1996). Adicionalmente, uno debe ser capaz de contar este dolor en términos socialmente aceptados, en términos que aseguren la aceptación de la historia de dolor personal en un ámbito social dado. Si no se encuentra la manera de hacer esto, ya sea porque el lenguaje parece insuficiente, porque se parte del supuesto de que igual nadie va a poder entender o porque contar es re-vivir, el aislamiento existencial no va a poder ser superado (Jackson, 2002).

En Colombia, contar la violencia vivida, en términos socialmente aceptados, parecería extremadamente difícil dada la no-negociabilidad del significado anteriormente mencionado. En el discurso dominante estatal, la violencia es violencia cuando es ejercida por las Farc, el Eln o los paramilitares. En este sentido, los medios de comunicación juegan un papel significativo. Su papel narrativo en la sociedad es el de poner la experiencia social en orden, un orden que debe ser consistente con dos fenómenos fundamentales para el contexto y las condiciones bajo las cuales desarrollan sus narrativas: primero, están los intereses de aquellos grupos sociales que ejercen censura sobre ellos<sup>6</sup> y, segundo, están los valores éticos y morales que conforman el marco general dentro del cual el mundo, incluyendo la censura, debe ser ordenado (Suárez Krabbe, 2004).

Sin embargo, es importante recordar que, aunque los medios indudablemente juegan un papel significativo en el ordenamiento sistemático de los eventos de la sociedad, su papel sólo puede llegar a ser decisivo en los casos en los cuales son la única mirada a una realidad dada. En este sentido, el papel de las representaciones mediáticas acerca de Colombia en Dinamarca es más decisivo en Dinamarca, que el papel que las mismas juegan en Colombia. Aquí, vivimos la ‘realidad’ narrada por los medios. Es decir, nuestra experiencia de la realidad no puede ser construida únicamente a través de los medios porque la mayoría de nosotros sale, interactúa, charla, chismorrea, vive, escucha y ve, entre otras, la violencia. Acogemos las narrativas de los medios de comunicación como nuestras cuando son coherentes con o son adaptables a nuestro punto de vista personal, ayudándonos así a mantener nuestra seguridad ontológica.

#### RETÓRICA EN BUSCA DE SEGURIDAD ONTOLÓGICA

Si bien el papel que juegan nuestros altamente censurados medios de comunicación al narrar la violencia no es fundamental, sí lo es, por el contrario, el papel que juega la retórica dominante acerca de la violencia, los violentos, los terroristas, o cualesquiera de las denominaciones que usamos para denominar al ‘malo’. Esta retórica dominante es internacional; también se encuentra en los medios masivos de comunicación en Dinamarca. Es una retórica tan generalizada que puede ser localizada en la lógica bajo la cual algunos grupos de la sociedad –de índole muy diversa– generan sentido del

<sup>6</sup> Los grupos más intimidantes en el ejercicio de la labor de los periodistas colombianos que cubren la guerra son el establecimiento (entendido aquí como la suma de los siguientes grupos que, en la práctica, difícilmente son separables: los patrocinadores, el gobierno, los grupos económicos y los propietarios de los medios), las fuerzas de seguridad del Estado, los grupos paramilitares y los grupos guerrilleros (Suárez Krabbe, 2004; MPP, 2001; Manrique, 2002).

mundo, y del papel que ellos deben, pueden o quieren jugar en éste. Es una retórica altamente política con consecuencias extremas, detrás de la cual se encuentra una búsqueda de seguridad ontológica en un mundo que se experimenta como profundamente inseguro y hostil.

Recordemos la frase “los buenos somos más”. Recordemos que, de acuerdo con nuestros valores ‘universales’, la violencia es inhumana. Recordemos, además, que los violentos, o los terroristas, ‘nos’ atacan porque son salvajes. Si todos tuviéramos un papel que jugar en el estado de las cosas, si todos tuviéramos algún grado de responsabilidad en ellas, si la violencia fuese humana, o si los actos violentos tuviesen sentido, nuestro mundo sería extremadamente inseguro. Más aún de lo que lo es bajo la lógica de “los buenos somos más”.

Uno de los argumentos centrales de la filósofa Hannah Arendt, en su libro acerca del juicio del Estado israelí contra Adolf Eichmann, es el que denomina como “la banalidad del mal” (1992 [1964]). En términos generales, dice Arendt, es difícil pensar que el Holocausto haya sido posible sin la colaboración –incluyendo la omisión de acción– por parte de la sociedad en general. El exterminio sistemático de millones de personas no fue ejercido por unos pocos seres malévolos. Argumenta Arendt que, a pesar de las medidas tomadas por el régimen nazi con el fin de controlar el juicio de la gente –mediante la falta de información o la desinformación deliberada–, es parcialmente imposible pensar que un ser humano en su sano juicio no fuera capaz de darse cuenta de que algo extremadamente catastrófico estaba pasando. El simple hecho de que miles de personas, los vecinos, el sastre, el banquero y sus familias estuvieran siendo ‘recolectados’ y sorteados de esa manera debía ser suficiente. Pero no lo fue.

“La banalidad del mal” consiste, entonces, en la irreflexión, en la falta de habilidades para ver las consecuencias de los actos propios, en el simple hecho de seguir órdenes u obedecer sin cuestionar (como en el caso específico de Eichmann), o en la omisión de acción, en el ‘dejar ser’ y en el no cuestionar (como en el caso de partes de la población civil europea, incluyendo a judíos). En términos existenciales, se trata de la falta de habilidad empática.

En Colombia no está ocurriendo un Holocausto. Pero en Colombia, y en el mundo, se está llevando a cabo una persecución sistemática de personas y grupos que defienden valores morales, éticos y políticos diferentes a los dominantes, presuntamente ‘universales’. Al igual que el Holocausto, el estado de cosas actual no puede ser comprendido como un hecho aislado de trastorno social, sino que debe ser visto como parte integral de la sociedad en la que vivimos (Bauman, 1989).

Un Estado totalitario no se conforma solo, ni de un día para otro. Se constituye, entre otros, a través de la totalización de los valores éticos y morales, del control del



significado. La realidad social se polariza, se describe y se pone en sentido en términos de buenos y malos. “Si no estás con nosotros, estás en contra nuestra”. Y quien está en contra ‘nuestra’ es tan amenazante que, simplemente, debe ser aniquilado, neutralizado. Estamos tan inseguros ontológicamente, que ciertas desviaciones de la manera ‘universal’ de pensar el mundo deben ser trasladadas a una esfera social y cognitiva donde no es posible asignarles sentido alguno. Así, sentimientos fundamentales en las relaciones humanas constructivas como la simpatía y la empatía son derogados, y los actos de los ‘otros’ pierden sentido. Esto, a su vez, es lo que justifica y legitima la violencia dirigida hacia esos grupos de seres ‘inhumanos’ que, supuestamente, viven para ejercer violencia.



#### LA NEGOCIABILIDAD DE LA NO-NEGOCIABILIDAD DEL SIGNIFICADO

Un Estado totalitario es un fenómeno social que se constituye mediante procesos sociales opuestos a los que, idealmente, constituyen una democracia. No obstante, y retomando el argumento de Arendt, en la conformación de un Estado totalitario también existe la participación ciudadana. Pero hablar de un Estado totalitario no significa hablar de una totalización del Estado y de la ciudadanía. Que un Estado totalitario busque imponer la no-negociabilidad del significado no quiere decir que efectivamente el significado no sea negociable. De ser así, el Estado totalitario no tendría por qué buscar la no-negociabilidad del significado. Efectivamente, el Estado colombiano tiene múltiples problemas en ese sentido:

Un borracho está en un parque gritando: ¡EL PRESIDENTE ES UN HIJO DE PUTA, EL PRESIDENTE ES UN HIJO DE PUTA! Rápidamente, aparecen dos guardias y le empiezan a dar de golpes por traición a la patria, y se lo llevan a rastras. El pobre borracho empieza a implorarles: ¡Pero si me refería al Presidente de Estados Unidos! Y los policías le contestaron: no trate de confundirnos. ¡Nosotros sabemos quién es el Hijo de Puta!<sup>7</sup>

La negociabilidad de la no-negociabilidad del significado ocurre en aquellas esferas de la vida social que el antropólogo Michael Herzfeld (1997) denomina como los “espacios de intimidad cultural” (*cultural intimacy*), concepto intrínsecamente ligado a la vida cotidiana. Estos son los espacios colectivos dentro de una forma cultural ‘fija’, como lo es el Estado-nación (entendido aquí como construcción social), donde la misma estaticidad de la forma es subvertida. Los espacios de intimidad cultural son compartidos por todos, no son exclusivos de ciertos grupos de la sociedad.

El chiste presentado anteriormente es una de las múltiples maneras en las que la gente cuestiona el discurso dominante del Estado en los espacios de intimidad cultu-

<sup>7</sup> Este chiste circula actualmente por Internet. Recibido vía correo electrónico el 26 de junio de 2004.

ral. Su poder insubordinado se encuentra en la afirmación de que el presidente es un hijo de puta como un hecho incuestionable, del cual ni siquiera dudan las fuerzas de seguridad del Estado. El significado de lo que dice el borracho no es negociable. En este punto, el chiste está en oposición directa a narrativas como la citada de la revista *Semana*. Indirectamente, además, abarca la misma problemática expuesta por Hannah Arendt sobre la banalidad del mal: aunque los policías saben perfectamente quién es el hijo de puta, igual lo defienden. Esa es su labor, labor que ejercen sin cuestionarse el sentido de ella y las consecuencias que pueda tener. Se refuerza la concepción generalizada en los espacios de intimidad cultural de que los policías son, más bien, sonsos o cabezaduras.

La figura del borracho golpeado representa al ‘loco’ que, por loco, dice las cosas como son, y es hecho víctima por ello. Los policías no son lo suficientemente bobos como para dejarse burlar sobre quién sea el hijo de puta, aspecto que conlleva al encarcelamiento del borracho. En la historia gana la fuerza pública, efecto contrario del hecho de contar la historia.

Volvemos, aquí, al tema de narrar la violencia aludido anteriormente. Señalé que una parte significativa del proceso de recuperación personal en situaciones de estrés pos-traumático reside en poder expresar lo vivido, y que el dolor vivido por uno sea aceptado en términos generales por la sociedad. Encuentro que muchas de las personas que han vivido la violencia en sus propios cuerpos o la han experimentado ejercida sobre sus seres más queridos, son capaces de contarla (Suárez Krabbe, 2004). Esto se debe a que ese dolor es, en Colombia, socialmente aceptado en ciertas esferas de la sociedad. La labor de ciertas organizaciones sociales y ONG nacionales e internacionales juega un papel extremadamente importante para contrarrestar la no-negociabilidad del significado<sup>8</sup>. Aquí radica, precisamente, una de las razones por las cuales esta clase de organizaciones civiles están siendo perseguidas y estigmatizadas por la retórica del gobierno actual.

En términos de recuperación personal, el ser tomado en serio es esencial. Contar la historia de sufrimiento propio corresponde, simultáneamente, a transformar la situación (Jackson, 1995). Esto, obviamente, no quiere decir que el sufrimiento y la opresión no existan, que los borramos mediante nuestras historias, ni que sean fenómenos insignificantes. Quiere decir, más bien, que las historias cumplen la labor de hacer la vida más soportable (*ibid.*: 123).

Aunque de extrema importancia, el papel que juegan las ONG y las organizaciones sociales en mención en la sociedad colombiana no es suficiente. Por ejemplo, en el caso de las detenciones masivas, las historias de dolor, sufrimiento y desarraigo de las víctimas de estas prácticas son narrables y narradas (Proyecto Pasos, 2004). Sin

<sup>8</sup> Conscientemente evito aquí hablar de ‘las ONG’ en cuanto no me refiero a todas ellas: su labor es de muy diversa índole. En términos específicos, en este contexto me refiero a aquellas ONG y organizaciones sociales que ejercen una labor de denuncia de violaciones de derechos humanos y derechos económicos, sociales y culturales; de investigación de fondo sobre las consecuencias de la guerra y de las —en teoría— diferentes políticas de ‘seguridad’ de los sucesivos gobiernos en la sociedad colombiana. Es de considerable importancia, también, la labor de capacitación ejercida por muchas de estas organizaciones en los sectores populares de la sociedad directamente afectados por las políticas anteriormente mencionadas. Estas organizaciones se caracterizan por su estrecho contacto y colaboración con los grupos a los que brindan apoyo.

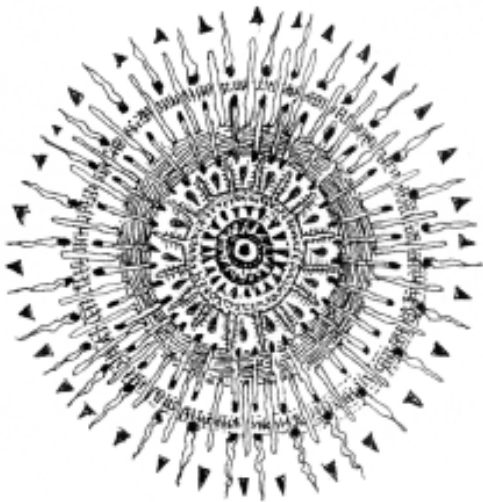
embargo, no son legítimas en el marco no-negociable del Estado. Ese dolor, esas consecuencias, no son reconocidas por el Estado colombiano porque esto significaría reconocer como violencia los actos ejercidos por él mismo. El no-reconocimiento del significado de la situación de las personas víctimas de las agresiones del Estado, hace que sea parcialmente imposible cambiar la situación de las personas afectadas dentro de un marco legal, es decir, un marco legítimo desde el punto de vista del Estado mismo.

### CONCLUSIONES

Si bien la no-negociabilidad del significado no toma posesión de las mentes y las expresiones de los ciudadanos, esta misma es grave en cuanto define los marcos de legitimidad e ilegitimidad de la violencia. Legitima las violencias ejercidas por un Estado intolerante con características totalitarias, e ilegitima acciones civiles tildadas como acciones narcoterroristas o de apoyo a las mismas. En el marco de ideas presentado en este texto, este fenómeno se explica si se toma en cuenta que aquello que transgrede, viola, o simplemente no sigue nuestros valores morales y éticos oficiales amenaza nuestro sentimiento de seguridad ontológica hasta el extremo de que ha de ser situado –simbólica y/o físicamente– en una esfera aparte. En esta esfera se encuentra aquello que no es normal, aquello que no podemos controlar.

Nuestra noción de violencia está inmersa en valores morales y éticos ‘universales’, de acuerdo con los cuales no es humana. En consecuencia, quienes cometen actos violentos necesariamente son inhumanos. En contraste propongo, siguiendo la teoría de la reciprocidad en las relaciones humanas del antropólogo Michael Jackson (1998), que cuando cometemos actos de violencia lo hacemos para restaurar un equilibrio perdido en nuestras relaciones con otros. Así, la violencia es parte de ser humano.

En la esfera de la intimidación cultural sabemos que la violencia es tan común como la empatía. Es así como algunos colombianos se preguntan “por qué somos tan violentos”. No obstante, cuando nos representamos a nosotros mismos ante un ‘otro’ frente al cual buscamos ser reconocidos como iguales, cuando nos es importante no ser tildados como inhumanos, salvajes, bárbaros o cosas por el estilo, ‘los violentos’ son los ‘otros’. En este sentido, la violencia es un fenómeno abstracto por fuera de nosotros, y puede, como lo hace Daniel Pécaut, decirse que es mítico (1997: 28). Pero la violencia como ha sido tratada en este texto se convierte en algo mítico precisamente porque, de acuerdo con los valores dominantes morales y éticos, representarnos a nosotros mismos como violentos –o como víctimas– implica exponernos a ser definidos negativamente por otros. Así, nos arriesgamos a que nuestras acciones sean despojadas de sentido y nosotros tildados de inhumanos o de víctimas.



La tensión latente en el concepto de violencia y, como consecuencia, en la ética y en la moral, es la que posibilita la negociabilidad de la no-negociabilidad del significado. Cuando usamos esta tensión estamos luchando para preservar nuestra seguridad ontológica, un sentimiento de tener control sobre nuestras vidas, haciéndolas nuestras en ese mismo proceso. Estamos buscando ser comprendidos e incluidos en una comunidad o grupo dado porque así como dependemos de otros para ser humanos, también luchamos para no ser definidos simbólicamente y físicamente por otros. En este proceso, simultáneamente, definimos al 'otro'. Mientras más difiera éste de nosotros mismos y de nuestros valores, es decir, mientras más amenace nuestra seguridad ontológica, más vamos a tender a neutralizarlo en nuestras narrativas con una definición particular. El ejemplo de algunas de las reacciones en Dinamarca con respecto a las nuevas amenazas del terrorismo ilustran cómo esta clase de reacciones son compartidas por seres humanos de contextos muy diferentes.

El enfoque de este artículo evidencia el conflicto entre nuestros valores morales y éticos 'universales' y la práctica cotidiana. Cuando asumimos que la violencia no tiene sentido, estamos usando los valores 'universales' del discurso dominante, y estamos aceptando este discurso acríticamente. Esto porque la falta de sentido tanto como el sentido no son algo que está determinado a priori, ni objetivamente. Frecuentemente, son determinados por los valores éticos y morales dominantes en la sociedad. Así, entender la violencia como algo que no tiene sentido posibilita hacer piruetas retóricas para convertir a 'nuestra' violencia en actos legítimos y necesarios, en no-violencia.

Sostengo, entonces, que la violencia no tiene un lenguaje. Es, como el lenguaje, una forma de comunicación a la que recurrimos cuando nos encontramos en una situación de impotencia. La violencia no sólo tiene sentido, sino que también es puesta en sentido y genera reacciones. Al igual que el lenguaje, la violencia es parte de la intersubjetividad y envuelve reacciones de provocación y respuesta que tienen que ver con el sentimiento de ser actores de nuestras vidas. Se puede decir, entonces, que los actos violentos son narrativas en el sentido de que son usadas para expresar algo y para cambiar la experiencia.



## BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, Hannah, 1982 [1951], "Totalitarismo", en *Los orígenes del totalitarismo*, vol. 3, Madrid, Alianza Editorial.
- , 1998 [1958], *The Human Condition*, Chicago, University of Chicago Press.
- , 1992 [1964], *Eichmann in Jerusalem. A Report on the Banality of Evil*, Nueva York, Penguin Books.
- Bauman, Zygmunt, 1989, *Modernidad y Holocausto*, Toledo, Sequitur.
- Daniel, Valentine E., 1996, *Charred Lullabies. Chapters in an Anthropography of Violence*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press.
- Dégh, Linda, 1994, *American Folklore and the Mass Media*, Bloomington e Indiana-polis, Indiana University Press.
- Chu, Yuan-Hong, 1997, "The Counterrevolution –A Family of Crimes: Chinese Communist Revolutionary Rhetoric, 1929-89", en Turpin, Jennifer & Lester R. Kurtz (eds.), 1997, *The Web of Violence. From Interpersonal to Global*, Urbana y Chicago, University of Illinois Press, cap. 3, págs. 69-89.
- Giraldo, Javier, 1996, *Colombia. The Genocidal Democracy*, Monroe, Maine, Common Courage Press.
- Herzfeld, Michael, 1987, *Anthropology through the Looking-Glass. Critical Ethnography in the Margins of Europe*, Cambridge y Melbourne, Cambridge University Press.
- , 1997, *Cultural Intimacy: Social Poetics in the Nation-State*, Nueva York y Londres, Routledge.
- Jackson, Michael, 1995, *At Home in the World*, Durham, Duke University Press.
- , 1998, *Minima Ethnographica. Intersubjectivity and the Anthropological Project*, Chicago y Londres, University of Chicago Press.
- , 2002, *The Politics of Storytelling. Violence, Transgression and Intersubjectivity*, University of Copenhagen, Museum Tusulanum Press.
- Laing, Ronald David, 1964, *El yo dividido. Un estudio sobre la salud y la enfermedad*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Manrique, Alejandro, 2002, "Periodistas, en el limbo", en *El Tiempo*, 23-06-2002, pág. 10, sección 1.
- MPP (Medios Para la Paz), 2001, *Las trampas de la guerra. Periodismo y conflicto*, Bogotá, Corporación Medios para la Paz.
- Pécaut, Daniel, 1997, "Presente, pasado y futuro de la violencia", en *Análisis Político*, no. 30, enero-abril 1997, Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Iepri, Universidad Nacional de Colombia, págs. 3-36.
- Proyecto Pasos, 2004, "Breves retratos de injusticia. Informe sobre detenciones masivas en Colombia", Bogotá. Documento inédito.
- Rørbye, Birgitte, 2002, "Mellem Sundhed og Sygdom. Om fortid, fremskridt og virkelige læger", en *Narrativ kulturanalyse*, Københavns, Universitet, København, Museum Tusculanums Forlag.
- Semana, mayo 28, 2004, "El nuevo enemigo", en *Semana*, 28 de mayo de 2004. Artículo descargado de Internet desde [www.semana.com](http://www.semana.com) el 28 de mayo de 2004.
- Suárez Krabbe, Julia, 2004, *Violence Told. The Politics of Narrativity on Violence in Colombia*, tesis de maestría presentada a la Universidad de Copenhague, marzo 2004. (Copia digital de esta tesis puede ser adquirida enviando un correo electrónico a [juliask@mail.dk](mailto:juliask@mail.dk). Favor, como 'asunto' poner 'políticas de narratividad').
- Tangherlini, Timothy, 1998, *Talking Trauma. A Candid Look at Paramedics through their Tradition of Tale-Telling*, Jackson, University of Mississippi Press.

